



JOSEFINA DE LA TORRE (Las Palmas de Gran Canaria, 1907 - Madrid, 2002)

Generación del 27. Las Sinsombrero

Agua clara del estanque.

Era un espejo del chopo
y alfombra verde del cielo
con reflejos de los árboles.
¡Oh si yo hubiera podido
entrar con los pies descalzos
y ser el viento en el agua
y hacer agitar el chopo!

(Versos y estampas, 1927)

Toda mi ilusión la he puesto

en la espera de un mañana.
¿Cómo vendrás? ¿Adomado
de blanca flor de retama
o de flor de pensamiento
que de luto se engalana?
¿Vendrás con rojas miradas
o con pálidas miradas?
¿Tendrás voz, tendrás sonrisa,
o no me guardarás nada?
¡Mañana, horizonte en niebla,
fiel timón de mi fragata:
hace tiempo que me llegas
con las velas desplegadas!

(Versos y estampas, 1927)

Te dije aquella palabra

porque la sentí de pronto
inesperada,
y la cogí en los labios
intacta.
Tuve un momento la duda
de tu mirada.
Pero aquella palabra,
¡qué caprichoso juego
de tenaces instantes
me dejaba!
Estaba aquí, segura,
entre los dientes,
clara,
libre de la garganta.
Tú te quedaste absorto,
contemplándola.

(Poemas de la isla, 1930)

¡Rómpete por el aire,

rueda de cristal!
Que me lluevan en los ojos
luces y luces,
arco iris
de sal.
Hielo del sol,
azúcar de la mar,
hilito de la tarde
para bordar.
Bórdame corazoncitos azules
para regalar,
que hoy es fiesta,
mi fiesta,
la tuya,
la de más allá.
¡Ay, cómo bailarías
con los brazos en alto,
sin descansar!
Castañuelas de los zapatos,
cascabeles del delantal.
Déjame que baile

y cante
y grite
mi cantar.
Por la orilla,
onda de la orilla,
de la cintura,
del andar.
¡Haz pedazos el aire
sobre mis ojos,
para mis ojos,
más!
Que hoy es mi fiesta
la mía,
la tuya,
la de más allá.

(Poemas de la isla, 1930)

La tarde tiene sueño

y se acuesta en las copas de los
[árboles.

Se le apagan los ojos
de mirar a la calle
donde el día ha colgado sus horas
incansable.
La tarde tiene sueño
y se duerme mecida por los árboles.
El viento se la lleva
oscilando su sueño en el aire.

(Poemas de la isla, 1930)

Quisiera tener sujeta

la naranja de la tarde
así entre las manos, fresca,
sin la piel rubia y brillante,
tirabuzón de la luna
peinado por mi cuchillo.
Qué sabor a fruta nueva
ha de tener en los bordes
el mar, la arena y el aire.
¡Qué deseo de partir
en dos mitades la tarde!
Cuando la noche se asome
a su ventanal de cobre
se tragará la naranja.
¡Ay, niña desconsolada!

(Poemas de la isla, 1930)

Mi falda de tres volantes

y mi blusa desprendida,
qué bien me adorman andares
y brazos del aire libre.
¡Cómo se ondea mi falda
desde el volante primero,
perseguida curva eléctrica,
hasta la rodilla firme!
Y mi blusa desprendida,
viento y calma, sol y sombra,
cómo juega y se persigue
desde el hombro a la cintura.
¡Ay, qué me gusta mirarte,
espejito biselado,
cristales de las esquinas,
gafas de los estudiantes!
¡Qué bien me veo pasar,
remolino de las brisas,
pequeña y grande, confusa
huella blanca en el asfalto!

(Poemas de la isla, 1930)

Ya lejos estaré.

Pronto las tardes
sobre las tardes doblarán las horas
y las noches sin luces
sobre las noches dormirán su sueño.
Lejos, pronto, estaré.
Para mis ojos
no habrá de las sorpresas el encuentro,
ni hallaré en mis oídos
tu voz tan esperada.
Muy lejos estaré.
Por tu recuerdo
no encontrará mi imagen el regreso.
Toda la ruya, en cambio,
por mi recuerdo ha de tener caminos.
¡Qué lejos estaré,
ciega, perdida,
con esta vida inútil en tu busca!

(Poemas de la isla, 1930)

Mis años compañeros,

años míos, inciertos,
niños desordenados,
al salir del colegio...
Ya son dos y son tres,
compás del mismo tiempo,
maravilla segura
de inagotable anhelo...
Mi corazón latió
veintitrés balanceos.
Mi corazón amigo,
buen profesor pequeño,
Y hoy no sé qué me pasa...
Y hoy no sé lo que tengo...
¿Es uno más, amigo?
¿Uno más... o uno menos?

(Marzo incompleto, 1968)

Círculo de esta luz,

así sin voz como la noche.
Agua turbia del viento,
verde como el solo espacio.
Búscame por la orilla.
Estoy perdida en el ancho fuego.
No me encontrarás, no.
No me encontrarán tus voces
ni tus subordinados propósitos.
Círculos de viento amargo,
agrias sombras de lo seguro,
porque estoy sola en el vértice mismo.
Inútil luz del círculo,
clarín de la madrugada,
inicia con los cristales
luminosas señales del mar.
Búscame por el espacio quebrado,
entre las grietas de la luna.
No me encontrará tu voz
ni tu violenta terquedad sin rumbo,
que estoy perdida por la orilla amarga.

(Marzo incompleto, 1968)

Yo no sé qué tengo.

Si son vuelos ciegos de tormenta oscura,
o es reposo lento de inmóviles aguas.
Pero todo gira cerca de mi sombra
y conmueve el aire de mi pensamiento.
Es el mar y el sol y la arena misma

y es la vela blanca por la orilla abierta
y es todo que vibra dentro de mi sangre
y cubre mis brazos de áspero reflejo...

No sé qué me pasa.

Siento que me espera una hora de luces,
un inesperado vaivén del misterio.
Y en mis sienes vivas, sabías compañeras,
ya siento la huella del primer latido.
¡Ah, sonrisas libres de todos los niños,
voces olvidadas de todos los viejos,
rodeadme ahora,
pedidme consejos!

(Poemas sueltos)

Llevabas en los pies arena blanca
de una playa desconocida.
Por eso cuando a mí llegaste
no sentí tus pisadas.
Llevabas en la voz desnuda
un compás de espera.

Por eso cuando me hablaste
no pude medir tu voz.
Llevabas en las manos abiertas
espuma blanca de aquel mar.
Por eso de tu bienvenida
no pude conservar la huella.
Todo tú venías en mi busca
y no pude reconocerte.

¡Arena blanca,
compás de espera,
espuma blanca!
¡Inquieto sueño de la verde orilla,
rizado de preguntas...!

(Marzo incompleto, 1968)

¡Gritar, gritar a la luna

estática sobre el cielo!
Luz de abierta noche amarga
y rebeldías sin ecos...
¡Lanzar la voz que despierte
todas las cuerdas del viento!
Claro mar del horizonte,
velero que arriba al puerto...
Conquista de lo imposible
en los brazos del encuentro.
Rotas las cadenas muertas,
libre de espacios el vuelo.
Pero la noche es violenta
y es violento su desvelo.
¡Ay, el dolor que no puede
ni ser dolor ni ser duelo!
Altas y abiertas ventanas
como pupilas de ciego
se van tragando las sombras
enhebradas de lamentos.
Entre las sábanas frías
la línea recta del cuerpo
hace estremecer de angustia
las tinieblas de lo incierto.
Y en el hueco del oído
donde se afianza lo eterno,
acompasado y monótono
marca segundos el péndulo

(Medida del tiempo, 1989)